

La conspiración de Melengar

Primer volumen
de las revelaciones de Riyria

Michael J. Sullivan



timun**mas**

*A mi esposa Robin
(mi más grande admiradora, crítica,
colaboradora y publicista), cuyo duro trabajo
y dedicación lo han hecho todo posible.*

*Y a mi hija Sarah,
que no quiso leer esta historia
hasta que estuviera publicada.*

Capítulo 1

Cartas robadas



Hadrian casi no podía ver en la oscuridad, pero los oía; las ramas que se partían, las hojas secas aplastadas, el roce de la hierba. Había más de uno, más de tres, y se acercaban.

—No os mováis, ninguno de vosotros —ordenó una voz áspera desde las sombras—. Os estamos apuntando con flechas a la espalda, y os mataremos sobre la silla de montar si intentáis huir. —El que hablaba se encontraba aún bajo el oscuro dosel del bosque, y únicamente se percibía un vago movimiento entre las ramas desnudas—. Sólo vamos a aligeraros un poco de vuestra carga. No es necesario que nadie salga herido. Haced lo que os digo y conservaréis la vida. Si no lo hacéis, también eso os arrebataremos.

Hadrian sintió que se le caía el alma a los pies porque sabía que aquello era culpa suya. Desvió la mirada hacia Royce, que se encontraba junto a él, sobre el lomo de su sucia yegua gris, con la cara oculta por la capucha que lo cubría. Su amigo tenía la cabeza gacha y hacía un leve gesto de negación con ella. Hadrian no necesitaba verlo para saber cuál era su expresión.

—Lo siento —se disculpó.

Royce no dijo nada, y continuó moviendo la cabeza.

Ante ellos se alzaba una barricada de ramas recién cortadas que les cerraba el paso. Detrás se extendía el largo corredor del camino desierto, iluminado por la luna. La niebla se acumulaba en depresiones y barrancos, y en alguna parte se oía un arroyuelo que corría sobre un lecho rocoso. Se encontraban en las profundidades del bosque del viejo camino meridional, metidos en lo hondo de un

largo túnel de robles y fresnos cuyas finas ramas se extendían por encima del camino, temblando y golpeando unas contra otras en el frío viento otoñal. A casi una jornada de caballo de cualquier ciudad, Hadrian no recordaba haber pasado siquiera por una alquería desde hacía horas. Estaban solos, en medio de la noche, el tipo de lugar en que nadie encontraba nunca un cadáver.

El ruido de hojas secas se hizo más fuerte, hasta que, al fin, los ladrones salieron a la estrecha franja bañada por la luna. Hadrian contó cuatro hombres sin afeitar que empuñaban espadas desnudas. Llevaban ropa tosca, de cuero y lana, manchada, gastada, mugrienta. Con ellos iba una muchacha armada que los apuntaba con un arco y una flecha. Vestía como los demás, con pantalón y botas, y su pelo era una maraña de enredos. Todos iban cubiertos de barro, suficiente como para poder plantarles algo encima, como si el grupo durmiera dentro de una madriguera excavada en la tierra.

—No parece que tengan mucho dinero —dijo un hombre de nariz chata. Más o menos cinco centímetros más alto que Hadrian, era el más grande del grupo, un bruto fornido de cuello grueso y manos grandes. Su labio inferior parecía haber sufrido un tajo más o menos en la misma época en que le habían roto la nariz.

—Pero llevan sacos llenos de cosas —dijo la muchacha, cuya voz lo sorprendió. Era joven y, a pesar de la suciedad, bonita, pero el tono con que hablaba era agresivo, incluso cruel—. Mira todos estos trastos que tienen. ¿Para qué quieren toda esa cuerda?

Hadrian no sabía si estaba preguntándose a él o a sus compañeros ladrones. En cualquiera de los dos casos, no pensaba responder. Consideró la posibilidad de hacer una broma, pero ella no parecía ser el tipo de muchacha a la que podía encantar con un elogio y una sonrisa. Además, lo apuntaba con una flecha y daba la impresión de que podría estar cansándosele el brazo.

—Yo quiero la espada grande que ese tipo lleva a la espalda —dijo el de la nariz chata—. Parece justo de mi medida.

—Yo me quedaré con las otras dos —declaró uno con una cicatriz que le dividía la cara en diagonal y le cruzaba el puente de la nariz justo por debajo del ojo, que se había salvado de milagro.

La muchacha apuntó a Royce con la flecha.

—Yo quiero la capa del pequeño. Estaré guapa con una capucha negra de buen paño como ésa.

El hombre que se encontraba más cerca de Hadrian, con ojos hundidos y piel muy curtida por la vida a la intemperie, parecía

ser el de más edad. Se acercó un paso más y sujetó el caballo de Hadrian por el bocado.

—Ahora, tened mucho cuidado. Hemos matado a un montón de gente en este camino. Gente estúpida que no nos quiso escuchar. Vosotros no sois estúpidos, ¿verdad?

Hadrian negó con la cabeza.

—Bien. Ahora, dejad caer las armas —dijo el ladrón—. Y desmontad.

—¿Qué dices tú, Royce? —preguntó Hadrian—. ¿Les damos unas monedas para que nadie salga herido?

Royce lo miró. Dos ojos posaron sobre él una mirada fulminante desde el interior de la capucha.

—Sólo estoy diciendo que no queremos tener problemas. ¿Tengo razón?

—Es mejor que no te dé mi opinión —respondió Royce.

—Entonces, vas a ponerte testarudo.

Silencio.

Hadrian negó con la cabeza y suspiró.

—¿Por qué tienes que ponerlo todo tan difícil? Es probable que no sean malas personas... sólo pobres. Ya sabes, cogen lo que necesitan para comprar una hogaza de pan con que alimentar a su familia. ¿Puedes reprocharles que hagan eso? Llega el invierno, y vivimos tiempos difíciles. —Asintió con la cabeza en dirección a los ladrones—. ¿Me equivoco?

—Sí, no tengo familia en quien pensar —replicó el de nariz chata—. Me gasto la mayor parte del dinero en bebida.

—No me estás ayudando —dijo Hadrian.

—No trato de ayudarte. O bien hacéis lo que se os dice, o vamos a destriparos aquí mismo. —Para dar más fuerza a sus palabras, sacó una daga del cinturón y la deslizó por el filo de la espada produciendo un sonido rechinante.

Un viento frío aulló entre las ramas que se mecían haciendo caer el follaje. Hojas doradas y rojas volaron, girando en círculos, mientras las brucas ráfagas las hacían avanzar por el estrecho camino. En algún lugar de la oscuridad ululó una lechuza.

—Escuchad, ¿qué tal si os damos la mitad de nuestro dinero? Mi mitad. De ese modo, esto no será una pérdida total para vosotros.

—Yo no os pido la mitad —dijo el hombre que sujetaba su montura—. Lo quiero todo, incluidos los caballos.

—Eh, esperad un momento. ¿Nuestros caballos? Quedarse con un poco de dinero está bien, pero ¿robo de caballos? Si os atrapan, os ahorcarán. Y ya sabéis que denunciaremos esto en la primera ciudad a la que lleguemos.

—Sois del norte, ¿verdad?

—Sí, ayer salimos de Medford.

El hombre que sujetaba el caballo asintió con la cabeza, y Hadrian reparó en que tenía un pequeño tatuaje rojo en el cuello.

—Veréis, ése es vuestro problema. —Su cara se suavizó en una expresión compasiva que parecía aún más amenazadora por su carácter íntimo—. Probablemente vais hacia Colnora... Bonita ciudad. Muchas tiendas. Mucha gente rica elegante. Hay mucho comercio allí, y por este camino pasan muchas personas que llevan toda clase de cosas para vendérselas a la gente elegante. Pero me parece que no habéis estado antes en el sur, ¿verdad? Arriba, en Melengar, el rey Amrath se toma la molestia de destinar soldados a patrullar los caminos. Pero aquí, en Warric, las cosas se hacen de una manera un poco distinta.

El de la nariz chata se le acercó, se pasó la lengua por los labios, y examinó con la mirada el espadón que llevaba a la espalda.

—¿Estás diciendo que el robo es legal?

—No, pero el rey Ethelred vive en Aquesta, y eso queda terriblemente lejos de aquí.

—¿Y el conde de Chadwick? ¿No administra él estas tierras en nombre del rey?

—¿Archie Ballentyne? —La sola mención del nombre provocó risas entre dientes por parte de los otros ladrones—. A Archie le importa una mierda lo que le pase al vulgo. Está demasiado ocupado escogiendo la ropa que se pone. —El hombre sonrió y dejó a la vista unos dientes amarillos que habían crecido torcidos—. Así que, dejad caer ya las espadas y desmontad. Después podréis ir andando hasta el castillo de Ballentyne, llamar a la puerta del viejo Archie, y pedirle que os ayude. —Otro coro de risas—. Bien, a menos que penséis que éste es el sitio perfecto para morir, vais a hacer lo que os digo.

—Tenías razón, Royce —dijo Hadrian, con resignación. Se soltó el broche de la capa y la tendió de través sobre la silla de montar—. Deberíamos haber salido del camino, pero honestamente..., pensé que estábamos en mitad de la nada. ¿Qué probabilidades había?

—Si debemos juzgar por el hecho de que nos están asaltando, bastantes, me parece.

—Es un poco irónico... Riyria asaltado. Casi tiene gracia, incluso.

—No tiene gracia.

—¿Has dicho Riyria? —preguntó el hombre que sujetaba el caballo de Hadrian.

Hadrian asintió con la cabeza mientras se quitaba los guantes y se los metía en el cinturón.

El hombre soltó el caballo y retrocedió un paso.

—¿Qué sucede, Will? —preguntó la muchacha—. ¿Qué es Riyria?

—Hay un par de tipos en Melengar que se llaman así. —Miró a los otros y bajó un poco la voz—. Tengo contactos por ahí arriba, ¿recordáis? Me dijeron que dos tipos llamados Riyria trabajaban con su base de operaciones en Medford, y me aconsejaron que me mantuviera a distancia si alguna vez me cruzaba con ellos.

—¿Y qué piensas, Will? —preguntó el de la cicatriz en la cara.

—Pienso que tal vez deberíamos retirar las ramas del camino y dejar que sigan su viaje.

—¿Qué? ¿Por qué? Nosotros somos cinco y ellos sólo dos —señaló el de la nariz chata.

—Pero ellos son Riyria.

—¿Y qué?

—Que mis «socios» del norte... no son estúpidos, y le dijeron a todo el mundo que jamás tocaran a estos dos. Y mis socios no son precisamente tipos que se impresionan fácilmente. Si dicen que es mejor evitarlos, es por alguna buena razón.

El de la nariz chata volvió a mirarlos con ojo crítico.

—Vale, pero ¿cómo sabes que estos dos son los tipos de los que estás hablando? ¿Vas a aceptar su palabra sin más?

Will asintió con la cabeza en dirección a Hadrian.

—Mira las espadas que lleva. Un hombre con una espada... puede que sepa usarla y puede que no. Un hombre que lleva dos... es probable que no sepa nada de espadas, pero quiere que pienses que sabe. Pero un tipo que lleva tres espadas... Es un montón de peso. Nadie andaría por ahí con tanto acero a menos que se gane la vida usándolo.

Hadrian sacó dos espadas que llevaba a los costados con un solo movimiento elegante. Hizo rotar una y la dejó girar una vez contra la palma.

—Necesito hacerle cambiar la empuñadura a ésta. Se está desgastando otra vez. —Miró a Will—. ¿Os parece si acabamos con esto? Creo que estabais a punto de asaltarnos.

Los ladrones se lanzaron unos a otros miradas de incertidumbre.

—¿Will? —preguntó la muchacha. Aún mantenía el arco tenso, pero parecía decididamente menos segura.

—Retiremos las ramas del camino y dejemos que se vayan —dijo Will.

—¿Estás seguro? —preguntó Hadrian—. Este buen hombre de la nariz rota parece decidido a conseguir una espada.

—No tiene importancia —dijo el de la nariz chata, al tiempo que alzaba la vista hacia las armas de Hadrian, en cuyo acero destellaba la luz de la luna.

—Bueno, si estáis seguros...

Los cinco asintieron, y Hadrian envainó las espadas.

Will clavó la suya en la tierra y agitó una mano para llamar a los otros, mientras se apresuraba a retirar la barricada de ramas que bloqueaba el camino.

—¿Sabéis que hacéis mal en todo esto? —les preguntó Royce. Los ladrones se detuvieron y alzaron la mirada, sorprendidos. Royce negó con la cabeza.

—No me refero a retirar la barricada, sino al asalto. Habéis escogido un buen sitio. Eso os lo reconozco, pero deberíais haber-nos abordado por ambos lados.

—Y, William... Te llamas William, ¿verdad? —preguntó Hadrian.

El hombre hizo una mueca y asintió con la cabeza.

—Sí, William, la mayoría de la gente es diestra, así que quienes se acerquen deberían hacerlo por la izquierda. Eso nos dejaría en desventaja, porque tendríamos que defendernos desde el lado contrario al de la espada. Los que lleven arco deberían situarse a la derecha.

—¿Y por qué un solo arco? —preguntó Royce—. Ella sólo habría podido disparar contra uno de nosotros.

—Ni siquiera podría haber hecho eso —intervino Hadrian—. ¿Te has fijado en cuánto rato ha mantenido tensado el arco? O bien es increíblemente fuerte, cosa que dudo, o se trata de un arco de fabricación casera, hecho con una rama verde, con la fuerza suficiente sólo para hacer que la flecha recorra unos pocos pasos. Es

sólo una argucia para impresionar. Dudo que jamás haya disparado una flecha.

—¡Sí que lo he hecho! —aseguró la muchacha—. Soy una buena tiradora.

Hadrian negó con la cabeza al tiempo que le dedicaba una sonrisa.

—Tenías el dedo índice encima del astil, querida. Si hubieras disparado, las plumas de la flecha habrían rozado el dedo y el proyectil habría salido hacia cualquier parte salvo hacia donde tú querías que lo hiciera.

Royce asintió con la cabeza.

—Invertid en ballestas. La próxima vez, quédate oculta, y simplemente clava un par de virotos en el pecho de cada uno de los objetivos. Toda esta charla no es más que una estupidez.

—¡Royce! —lo regañó Hadrian.

—¿Qué? Siempre me estás diciendo que debería ser más amable con la gente. Estoy intentando ser servicial.

—No lo escuchéis. Si queréis un consejo, intentad erigir una mejor barricada.

—Sí, la próxima vez echad un árbol de través sobre el camino —dijo Royce. Luego, al tiempo que agitaba una mano hacia las ramas, añadió—: Esto es patético. Y cubríos la cara, por amor de Maribor. Warric no es un reino muy grande, y la gente podría recordaros. Claro que no es probable que Ballentyne se molestara en perseguiros por asaltar a unas pocas personas en el camino, pero un día vais a entrar en una taberna y os clavarán un cuchillo en la espalda. —Royce volvió a mirar a William—. Tú estuviste en la Mano Carmesí, ¿verdad?

Will pareció sobresaltarse.

—Nadie ha dicho nada de eso. —Dejó de tironear de las ramas con las que estaba forcejeando.

—No era necesario. La Mano Carmesí exige que todos los miembros del gremio se hagan ese estúpido tatuaje en el cuello. —Royce se volvió otra vez a mirar a Hadrian—. Se supone que los hace parecer duros, pero lo único que consigue en realidad es hacer que resulte fácil identificarlos como ladrones durante el resto de su vida. Tatuarse una mano roja es bastante estúpido, si lo piensas.

—¿Se supone que ese tatuaje es una mano? —preguntó, extrañado, Hadrian—. Pensaba que era un pollito rojo. Pero ahora que lo mencionas, una mano tiene más sentido.

Royce volvió a mirar a Will y ladeó la cabeza.

—Sí que parece un poco un pollo.

Will se cubrió el cuello con una mano.

—¿Quiénes sois, en realidad? —preguntó William, una vez retirada la barricada—. ¿Qué es, exactamente, Riyria? En la Mano Carmesí nunca me lo contaron. Sólo me dijeron que me mantuviera a distancia.

—No somos nadie especial —replicó Hadrian—. Sólo un par de viajeros que disfrutan de una cabalgada en una fresca noche otoñal.

—Pero, en serio —intervino Royce—, es necesario que nos escuchéis si vais a continuar haciendo esto. Después de todo, nosotros vamos a seguir vuestro consejo.

—¿Qué consejo?

Royce taconeó con suavidad a su montura, que volvió a avanzar por el camino.

—Vamos a visitar al conde de Chadwick, pero no os preocupéis, no os mencionaremos.



Archibald Ballentyne tenía el mundo en sus manos, convenientemente contenido en quince cartas robadas. Cada pergamino había sido escrito con meticulosidad en una caligrafía elegante. Se daba cuenta de que la persona que las había escrito creía que las palabras eran profundas, y que su significado transmitía una hermosa verdad. Él pensaba que eran tonterías, pero convenía con el autor en que tenían un valor incommensurable. Bebió un sorbo de coñac, cerró los ojos y sonrió.

—¿Mi señor?

A regañadientes, Archibald abrió los ojos y posó una mirada ceñuda en el maestro de armas.

—¿Qué sucede, Bruce?

—Ha llegado el marqués, señor.

Archibald volvió a sonreír. Dobló las cartas con cuidado una vez más, las apiló y ató con una cinta azul, y las devolvió a la caja de seguridad. Cerró la pesada puerta de hierro, dio un par de vueltas a la llave, y tiró del inamovible pasador para comprobar que había quedado bien cerrada. A continuación, se dirigió al piso de abajo para recibir a su invitado.

Cuando Archibald llegó al vestíbulo, atisbó a Víctor Lanaklin esperando en la antecámara. Se detuvo durante un momento a observar cómo el anciano se paseaba de un lado a otro, cosa que le causó satisfacción. Aunque el marqués tenía un título superior, nunca había impresionado al conde. Puede que, en otros tiempos, Víctor fuese altivo, imponente, o incluso gallardo, pero toda su gloria se había perdido hacía mucho tiempo, oculta bajo una mata de pelo gris y una espalda encorvada.

—¿Puedo ofrecerles algo de beber, señoría? —le preguntó al marqués un mayordomo ratonil, con una reverencia formal.

—No, pero podéis traerme a vuestro conde —ordenó el noble—. ¿O voy a tener que darle caza yo mismo?

El mayordomo se encogió.

—Estoy seguro de que mi amo estará con vos en breve, señor. —Volvió a inclinarse y se retiró con precipitación a través de una puerta que había al otro lado de la sala.

—¡Marqués! —exclamó Archibald con fingida cordialidad al efectuar su entrada—. ¡Me complace tanto que hayáis venido... y con tanta presteza!

—Parecéis sorprendido —replicó Víctor, con voz diáfana. Agitando un pergamino arrugado que tenía en una mano, continuó—: ¿Enviáis un mensaje como éste y esperáis que me entretenga? Archie, exijo saber qué está pasando.

Archibald ocultó el desdén que sentía ante el uso de su diminutivo de infancia. Era un apodo que le había puesto su difunta madre, y una de las razones por las que nunca la perdonaría. Cuando era joven lo usaba todo el mundo, desde los caballeros a los sirvientes, y Archibald siempre se había sentido degradado por esa familiaridad. Cuando se convirtió en el conde, promulgó una norma según la cual todo aquel que se refiriera a él con ese apodo sufriría el castigo del látigo. Archibald no tenía poder para imponer ese edicto al marqués, y estaba seguro de que Víctor había usado el apodo de manera intencionada.

—Por favor, intentad calmaros, Víctor.

—¡No me digáis que me calme! —La voz del marqués resonó contra los muros de piedra. Se acercó hasta que su cara quedó a apenas unos centímetros del rostro del joven y clavó en sus ojos una mirada furibunda—. Habéis escrito que estaba en peligro el futuro de mi hija Alenda, y hablado de pruebas. Ahora debo saberlo: ¿está o no está en peligro mi hija?

—Muy ciertamente que sí —replicó el conde con calma—, pero no es nada inminente, desde luego. No hay ningún plan de secuestro ni nadie tiene intención de asesinarla, si es eso lo que teméis.

—Entonces, ¿por qué me habéis enviado este mensaje? Si habéis hecho que forzara a los caballos de mi carruaje a correr hasta casi desplomarse mientras me ponía enfermo de preocupación por nada, lamentaréis...

Archibald alzó una mano e interrumpió la amenaza en seco.

—Os aseguro, Víctor, que no ha sido por nada. No obstante, antes de que continuemos hablando de esto, retirémonos a la comodidad de mi estudio, donde podré enseñaros las pruebas que he mencionado.

Víctor le dedicó una mirada feroz, pero asintió con la cabeza.

Los dos hombres cruzaron el vestíbulo, atravesaron una espaciosa sala de recepciones, y giraron para entrar por una puerta que conducía hasta la zona residencial del castillo. A medida que recorrían pasillos y escaleras, la atmósfera circundante cambiaba de modo espectacular. En la entrada, hermosos tapices y mampostería tallada adornaban los muros, y los suelos estaban hechos de mármol finamente trabajado. Sin embargo, más allá de la entrada no había esplendor ninguno, y las paredes de piedra desnuda constituían el rasgo predominante.

De acuerdo con las pautas arquitectónicas, o con cualquier otro patrón de medida, el castillo Ballentyne era mediocre y ordinario en todos los aspectos. Nunca había sido el hogar de ningún gran rey o héroe. Ni era el origen de ninguna leyenda, historia de fantasmas o batalla. En cambio, era el perfecto ejemplo de la mediocridad y lo mundano.

Tras varios minutos de recorrido por diferentes corredores, Archibald se detuvo ante una formidable puerta de hierro fundido. Unos impresionantes tornillos desmesuradamente grandes sujetaban la puerta a sus goznes, pero no se veía ningún cerrojo ni tirador. La flanqueaban dos guardias corpulentos y bien acorazados armados con alabardas. Al aproximarse Archibald, uno de ellos dio tres golpes. Se abrió una diminuta ventanilla y, un momento más tarde, resonó en el corredor el sonido repentino de un cerrojo al deslizarse. Al abrirse la puerta, los goznes rechinaron de modo ensordecedor.

Las manos de Víctor ascendieron para protegerle los oídos.

—¡Por Mar! ¡Haced que uno de vuestros sirvientes se ocupe de eso!

—Jamás —replicó Archibald—. Ésta es la entrada de la Torre Gris, mi estudio privado. Es mi refugio seguro, y quiero oír abrirse esta puerta desde cualquier parte del castillo, cosa que, de este modo, puedo hacer.

Al otro lado de la puerta, Bruce los recibió a ambos con una profunda reverencia respetuosa. Con un farol ante sí, escoltó a los hombres hacia lo alto de una amplia escalera de caracol. A medio ascenso, el paso de Víctor se hizo más lento y su respiración pareció volverse trabajosa.

Archibald se detuvo, cortés.

—Debo disculparme por el largo ascenso. La verdad es que yo ya no lo noto. Debo de haber subido esta escalera un millar de veces. Cuando mi padre era el conde, éste era el único sitio al que podía acudir para estar solo. Nadie se molestaba nunca en invertir el tiempo ni el esfuerzo necesarios para llegar a lo más alto. Aunque puede que no alcance la majestuosa altura de la Torre de la Corona que hay en Ervanon, es la torre más alta de mi castillo.

—¿No viene aquí la gente sólo para ver el paisaje? —especuló Víctor.

El conde rió entre dientes.

—Es lo que uno pensaría, pero la torre no tiene ventanas, cosa que la convierte en el emplazamiento perfecto para mi estudio. He añadido las puertas para proteger las cosas que me son queridas.

Al llegar al final de la escalera, encontraron otra puerta. Archibald sacó una gran llave de un bolsillo, la abrió y le hizo un gesto al marqués para que entrara. Bruce volvió a ocupar su sitio habitual en el exterior del estudio, y cerró la puerta.

Se trataba de una sala grande y circular, con un techo amplio. El mobiliario era escaso: un gran escritorio desordenado, dos sillones acolchados cerca de un pequeño hogar, y una delicada mesita entre ellos. En la chimenea, detrás de una sencilla pantalla de latón, ardía un fuego que iluminaba la mayor parte del estudio. Las velas que se alineaban en las paredes aportaban luz a las áreas restantes, e inundaban la estancia de un agradable aroma embriagador de miel y salifán.

Archibald sonrió al reparar en que Víctor miraba el abarrotado escritorio cubierto de pergaminos y mapas.

—No se preocupe vuestra señoría. Antes de que llegais, ocul-

té todos los planes para la dominación del mundo que fueran incriminatorios de verdad. Por favor, sentaos. —Archibald indicó el par de sillones que había cerca de la chimenea—. Descansad del largo viaje mientras sirvo una copa para cada uno.

El hombre de más edad frunció el ceño y refunfuñó.

—Ya he tenido suficientes recorridos y formalidades. Ahora que estamos aquí, entremos en materia. Quiero saber qué significa todo esto.

Archibald hizo caso omiso del tono del marqués. Podía permitirse ser cortés ahora que estaba a punto de recoger el premio. Esperó mientras su visitante tomaba asiento.

—¿Está vuestra señoría al tanto, supongo, de que he manifestado interés en vuestra hija, Alenda? —preguntó Archibald, mientras iba hasta el escritorio para servir dos copas de coñac.

—Sí, ella me lo ha mencionado.

—¿Le ha mencionado a vuestra señoría por qué rechaza mis proposiciones?

—No le gustáis.

—Apenas me conoce —replicó Archibald, con un dedo en alto.

—Archie, ¿es éste el motivo por el que me has pedido que acuda aquí?

—Marqués, os agradecería que os dirigierais a mí usando mi nombre real. Es inapropiado llamarme así, dado que mi padre ha muerto y ahora tengo título. En cualquier caso, la pregunta de vuestra señoría tiene relación con el tema. Como ya sabéis, soy el duodécimo conde de Chadwick. Reconozco que no es una enorme propiedad, y la familia Ballentyne no es la más influyente pero no carece de mérito. Controlo cinco pueblos y doce aldeas, así como las estratégicas tierras altas de Senon. En la actualidad tengo bajo mi mando a más de sesenta hombres de armas profesionales, y veinte caballeros me son leales, incluidos lord Enden y lord Breckton, tal vez los más grandiosos caballeros vivos. Las exportaciones de lana y cuero de Chadwick son la envidia de todo Warric. Incluso se habla de celebrar aquí los juegos de verano, en el mismísimo prado que vuestra señoría ha atravesado para entrar en el castillo.

—Sí, Archie... quiero decir, Archibald, estoy al corriente del lugar que ocupa Chadwick en el mundo. No me hace falta que me deis una lección de comercio.

—¿También está vuestra señoría al corriente de que el sobrino

del rey Ethelred ha cenado aquí en más de una ocasión? ¿O de que el duque y la duquesa de Rochelle han solicitado cenar conmigo en Wintertide, este año?

—Archibald, esto es bastante tedioso. ¿Qué me queréis decir, exactamente?

Archibald frunció el ceño ante la ausencia de sorpresa por parte del marqués. Se acercó con las copas de coñac, le entregó una a Víctor, y ocupó el asiento restante. Hizo una pausa momentánea para beber un sorbito de licor.

—Lo que os quiero decir es esto: dada mi posición, mi rango y prometedor futuro, no tiene ningún sentido que Alenda me rechace. Ciertamente, mi apariencia no debería ser un problema. Soy joven, apuesto, y sólo visto las más finas prendas de moda de importación hechas con las más costosas sedas que puedan encontrarse. El resto de los pretendientes son viejos, gordos o calvos, y en varios casos las tres cosas.

—Tal vez la apariencia y la riqueza no son las únicas cosas que le interesan —replicó Víctor—. Las mujeres no siempre piensan en la política y el poder. Alenda es el tipo de muchacha que sigue a su corazón.

—Pero también seguirá los deseos de su padre. ¿Estoy en lo cierto?

—No entiendo qué queréis decir.

—Si vuestra señoría le dijera que se casara conmigo, lo haría. Podría ordenárselo.

—¿Así que es por eso que me habéis coaccionado para que acudiera aquí? Lo lamento, Archibald, pero habéis perdido vuestro tiempo y el mío. No tengo ninguna intención de obligarla a que se case con nadie, y menos aún con vos. Me odiaría durante el resto de su vida. Los sentimientos de mi hija me importan más que la trascendencia política de su matrimonio. Se da el caso de que quiero a Alenda. De todos mis hijos, ella es mi más grande alegría.

Archibald bebió otro sorbito de coñac y meditó acerca de las observaciones de Víctor. Decidió abordar el tema desde un ángulo diferente.

—¿Y si fuera por su propio bien? Para salvarla de lo que sería un desastre seguro.

—Me advertisteis de un peligro para hacerme venir aquí. ¿Estáis dispuesto a explicaros, por fin, o preferís ver si este viejo aún puede manejar una espada?

Archibald pasó por alto lo que sabía que era una amenaza vana.

—Cuando Alenda declinó repetidas veces mis proposiciones, deduje que tenía que estar pasando algo. No había lógica ninguna en su rechazo. Tengo contactos y mi ascenso social es innegable. Descubrí entonces la verdadera razón de las negativas de la hija de vuestra señoría: ya tiene relaciones con alguien más. Alenda tiene una aventura, una aventura secreta.

—Eso me resulta difícil de creer —declaró Víctor—. No me ha mencionado a nadie. Si alguien hubiera llamado su atención, me lo habría contado.

—No es de extrañar que os haya ocultado su identidad, porque se avergüenza. Sabe que esa relación acarreará la desgracia para su familia. El hombre con el que se encuentra es un simple plebeyo sin una sola gota de sangre noble en sus venas.

—¡Mentís!

—Le aseguro a vuestra señoría que no. Me temo que el problema va todavía más allá. Se llama Degan Gaunt. Habéis oído hablar de él, ¿no es cierto? Es bastante famoso. Se trata del cabecilla de ese movimiento nacionalista de Delgos. Sé que en el sur ha organizado un movimiento entre sus compañeros plebeyos. Están todos intoxicados con la idea de asesinar a la nobleza y establecer un gobierno propio. Él y la hija de vuestra señoría han estado encontrándose en Windermere, cerca del monasterio. Se ven cuando vuestra señoría está fuera ocupado en asuntos de Estado.

—Eso es ridículo. Mi hija nunca...

—¿Acaso no tiene vuestra señoría un hijo allí? —lo interrumpió Archibald—. En la abadía, quiero decir. Es monje, ¿verdad?

Víctor asintió con la cabeza.

—Mi tercer hijo, Myron.

—Tal vez ha estado ayudándolos. He hecho averiguaciones, y parece que ese hijo vuestro es muy inteligente. Tal vez esté organizando los encuentros amorosos de su amada hermana y ocupándose de su correspondencia sentimental. Esto tiene muy mal aspecto, Víctor. Aquí está vuestra señoría, marqués de un rey incondicionalmente imperialista, y su hija se entienda con un revolucionario con quien se reúne en el reino monárquico de Melengar mientras su hijo lo organiza todo. Muchos podrían presuponer que se trata de un complot familiar. ¿Qué diría el rey Ethelred, si lo supiera? Ambos sabemos que vuestra señoría es leal, pero otros podrían tener sus dudas. Mientras que yo me doy cuenta de que esto no es

más que el afecto equivocado de una muchacha inocente, sus aventuras podrían arruinar el honor de su familia.

—Estáis loco de remate —contestó Víctor—. Myron fue llevado a la abadía cuando tenía apenas cuatro años. Alenda ni siquiera ha hablado con él jamás. Toda esta invención es un obvio intento de lograr que yo presione a Alenda para que se case con vos, y yo sé por qué. Ella no os importa. Lo que queréis es su dote, el valle de Rilán. Ese trozo de tierra limita con las vuestras, y es eso tras lo que vais en realidad. Bueno, eso y la oportunidad de mejorar vuestra propia posición emparentando con una familia que está por encima de la vuestra tanto social como políticamente. Sois patético.

—¿Qué soy patético? —Archibald dejó la copa y sacó de debajo de la camisa una llave que colgaba de una cadena de plata. Se levantó y atravesó la sala hasta un tapiz que mostraba a un príncipe de Calia que, montado a caballo, raptaba a una noble de rubios cabellos. Lo apartó hacia un lado para dejar a la vista la caja de seguridad. Tras insertar la llave, abrió una pequeña puerta de metal.

—Tengo varias cartas escritas con la letra de la preciosa hija de vuestra señoría que demuestran la veracidad de lo que he estado diciendo. Hablan de su imperecedero amor por ese repugnante campesino revolucionario.

—¿Cómo habéis conseguido esas cartas?

—Las robé. Cuando estaba intentando determinar quién era mi rival, la hice vigilar. Estaba enviando cartas que conducían hasta la abadía, y lo dispuse todo para que fueran interceptadas. —De la caja de seguridad, Archibald sacó un montoncito de pergaminos y los dejó caer en el regazo de Víctor—. ¡Tomad! —declaró, triunfante—. Leed en qué ha estado metida vuestra hija, y decidid vos mismo si no le convendría más casarse conmigo en lugar de seguir con eso.

Archibald volvió a su asiento y recogió la copa con gesto victorioso. Había ganado. Con el fin de evitar el desastre político, Víctor Lanaklin, el gran marqués de Glouston, ordenaría a su hija que se casara con él. El marqués no tenía alternativa. Si llegaba a oídos de Ethelred algo de todo aquello, cabía incluso la posibilidad de que Víctor tuviera que hacer frente a cargos de traición. Los reyes imperialistas exigían que sus nobles demostraran a la Iglesia las mismas actitudes políticas y la misma devoción que ellos. Mientras que Archibald dudaba que Víctor fuese de verdad un simpatizante de los monárquicos o los nacionalistas, cualquier apariencia impli-

catoria sería razón suficiente para que el rey expresara su desagrado. Como mínimo, Víctor se enfrentaba con un catastrófico bochorno del que la casa de Lanaklin tal vez no se recuperara jamás. La única línea de acción sensata que le quedaba al marqués era consentir en el matrimonio.

Por fin, Archibald tendría las tierras limítrofes, y tal vez, con el tiempo, llegaría a controlar todo el territorio de la marca. Con Chadwick en la mano derecha y Glouston en la izquierda, su poder en la corte rivalizaría con el del duque de Rochelle.

Al bajar la mirada hacia el anciano hombre de cabello canoso ataviado con elegantes ropas de viaje, Archibald casi sintió pena por él. En otros tiempos, hacía mucho, el marqués había gozado de una reputación de inteligencia y fortaleza. Tal distinción acompañaba al título. El marqués no era un mero noble, ni era un simple representante de la corona, como lo era un conde. Víctor había sido el responsable de guardar las fronteras del rey. Se trataba de un deber de mucha responsabilidad que requería un dirigente capaz, un hombre siempre vigilante que hubiera sido probado en batalla. Sin embargo, los tiempos habían cambiado, y ahora Warric lindaba con vecinos pacíficos, hasta tal punto que el gran guardián se había vuelto complaciente y su fuerza se había marchitado por falta de uso.

Mientras Víctor abría las cartas, Archibald contemplaba su futuro. El marqués tenía razón. Iba tras las tierras que acompañaban a la hija. Aun así, Alenda era atractiva, y la idea de obligarla a compartir su lecho le resultaba más que apetecible.

—Archibald, ¿esto es una broma? —preguntó Víctor.

Arrancado de sus pensamientos con un sobresalto, Archibald dejó la copa.

—¿Qué quiere decir vuestra señoría?

—Estos pergaminos están en blanco.

—¿Qué? ¿Vuestra señoría está ciego? Están... —Archibald calló al ver las páginas vacías que el marqués tenía en la mano. Recogió un puñado de cartas y las abrió con brusquedad, aunque sólo encontró más pergaminos en blanco—. ¡Esto es imposible!

—¿Tal vez fueron escritos con tinta evanescente? —inquirió Víctor con una sonrisa de suficiencia.

—No... no lo entiendo... ¡ni siquiera son los mismos pergaminos! —Se acercó a la caja fuerte, pero la halló vacía. Su confusión se transformó en pánico, y abrió la puerta de un tirón para llamar

a Bruce con ansiedad. El maestro de armas entró corriendo, con la espada en la mano—. ¿Qué ha sucedido con las cartas que había dentro de esta caja fuerte? —le gritó Archibald al soldado.

—No... no lo sé, mi señor —replicó Bruce. Envainó el arma y se puso firme ante el conde.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? ¿Has abandonado tu puesto en algún momento, durante la velada?

—No, señor, por supuesto que no.

—¿Ha entrado alguien, cualquier persona, en mi estudio, durante mi ausencia?

—No, mi señor, eso es imposible. Vuestra señoría tiene la única llave.

—Entonces, en el nombre de Maribor, ¿dónde están esas cartas? Yo mismo las dejé allí. Estaba leyéndolas cuando llegó el marqués. Sólo me ausenté durante unos minutos. ¿Cómo han podido desaparecer de esa manera?

La mente de Archibald funcionaba a toda velocidad. Las había tenido en las manos hacía apenas unos momentos. Las había guardado dentro de la caja de seguridad, bajo llave. De eso estaba convencido.

¿Adónde habían ido a parar?

Víctor vació la copa y se puso de pie.

—Si no os importa, Archie, me marcho ya. Esto ha sido una tremenda pérdida de tiempo para mí.

—Víctor, esperad. No os marchéis. Las cartas son reales. ¡Os aseguro que las tenía!

—Pues claro que sí, Archie. La próxima vez que tengáis intención de chantajearme, os sugiero que empleéis un farol mejor que éste. —Cruzó la sala, atravesó la puerta y desapareció escalera abajo.

—Será mejor que consideréis lo que le he dicho, Víctor —chilló Archibald, a su espalda—. Encontraré esas cartas. ¡Las encontraré! ¡Las llevaré a Aquesta! ¡Las presentaré en la corte!

—¿Qué queréis que haga, mi señor? —preguntó Bruce.

—Sólo esperar, estúpido. Tengo que pensar. —Archibald se pasó los dedos temblorosos entre el pelo, mientras comenzaba a pasearse por la sala. Volvió a examinar las cartas con atención. Eran, en efecto, de un tipo de pergamino diferente de las que había leído tantas veces antes.

A pesar de tener la certeza de que había guardado las cartas en la caja de seguridad, se puso a abrir cajones y rebuscar entre los perga-

minos que había sobre el escritorio. Archibald se sirvió otra copa y atravesó la sala. Apartó con brusquedad la pantalla de la chimenea, y removió las cenizas con un atizador en busca de cualquier signo revelador de restos de pergamino. Con frustración, arrojó al fuego las cartas en blanco. Vació la copa de un largo trago, y se desplomó en uno de los sillones.

—Estaban aquí mismo —repitió Archibald, desconcertado. Con lentitud, en su mente comenzó a formarse la solución del enigma—. Bruce, las cartas tienen que haber sido robadas. El ladrón no puede haber ido muy lejos. Quiero que registréis todo el castillo. Cerrad todas las salidas. No permitáis que salga nadie. Ni el servicio ni los guardias: ¡nadie! ¡Registrad a todo el mundo!

—De inmediato, mi señor —respondió Bruce, y luego se detuvo—. ¿Qué hago con el marqués, mi señor? ¿Debo retenerlo también a él?

—Por supuesto que no, idiota. Él no tiene las cartas.

Archibald se quedó con la vista fija en el fuego, escuchando cómo se alejaban los pasos de Bruce al descender por la escalera de la torre. En la soledad, sólo le quedaron el crepitar de las llamas y un centenar de preguntas sin responder. Se devanaba los sesos, pero no lograba determinar con exactitud cómo lo había hecho el ladrón.

—¿Señoría? —dijo la tímida voz del mayordomo, que lo sacó de sus pensamientos. Archibald fulminó con la mirada al hombre que asomaba la cabeza por la puerta entreabierta, cosa que hizo que el mayordomo respirara una vez más antes de hablar—. Mi señor, detesto molestaros, pero en el patio de armas parece haber un problema que requiere vuestra atención.

—¿Qué clase de problema? —gruñó Archibald.

—Bueno, mi señor, de hecho, no he sido informado de los detalles, pero tiene algo que ver con el marqués, señor. Me han enviado a solicitar la presencia de vuestra señoría. Solicitarla respetuosamente, quiero decir.

Archibald descendió por la escalera, pensando que tal vez el anciano se había desplomado muerto en el escalón de entrada, lo cual no sería tan terrible. Cuando llegó al patio, encontró al marqués con vida pero furibundo.

—¡Por fin, Ballentyne! ¿Qué habéis hecho con mi carruaje?

—¿Con qué?

Bruce se acercó a Archibald y le hizo un gesto para apartarse con él a un lado.

—Señoría —susurró al oído del conde—, parece que el carruaje y los caballos del marqués han desaparecido, señor.

Archibald alzó un dedo en dirección al marqués.

—Estaré con vuestra señoría en un momento —dijo en voz alta. Luego devolvió su atención a Bruce y susurró—: ¿Has dicho que han desaparecido? ¿Cómo es posible?

—No lo sé con exactitud, señor, pero, verá vuestra señoría, el guardia de la entrada informa de que el marqués y su cochero, o más bien dos personas que él creyó que eran ellos, ya han salido por la entrada principal.

Sintiéndose repentinamente enfermo, Archibald se volvió para hablarle al marqués de rostro enrojecido.